



Año XLV

Orihuela 1 Febrero de 1931

Num. 1131

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

XXVI Aniversario de la Muerte de

D. Adolfo Clavarana y Garriga
 Abogado, Fundador y Director de
 "La Lectura Popular"

Falleció el 14 de Febrero de 1905

R. I. V. A.

La Redacción de esta Revista y familia del finado, suplican a sus amigos, una oración por el alma del que sacrificó su vida en defensa de la verdad.

Hay concedidas 200, 100 y 50 días de indulgencias respectivamente a todos los fieles por cada acto piadoso que se practique en sufragio del alma del finado.

La tiranía sindicalista

Ante la noticia de que parece va a regir de nuevo la actuación de los «Sindicatos Unicos», comprendidos en la llamada «Confederación Nacional del Trabajo», cuya dirección burguesa y actuación revolucionaria ha quedado bien de manifiesto en la criminal intentona fracasada; es preciso poner en claro la tiranía que de todo en todo los informa y les da vida, para que se vea si hay ley humana que pueda reconocerlos y autorizarlos.

SU TIRANIA EN LA ASOCIACION

No nos openemos, sino que queremos y defendemos la libre asociación del obrero, como del patrono, para la defensa «legal y moral» de sus dere-

chos, de sus necesidades y de su dignidad humana, no pocas veces conculcados por la desenfrenada avaricia. Y ésa es precisamente la libertad que conculcan al obrero, los «Sindicatos Unicos» en especial, desde su principio.

La asociación a los «Sindicatos Unicos» es impuesta forzosamente a los obreros por la amenaza y coacción contundente de su «guardia negra» constituida por la escoria de la clase, secundada no pocas veces por la debilidad indefensa de los patronos, obligados asimismo a despedir los obreros no asociados, para evitar la huelga de los sindicatos y consiguientes represalias. Y bajo esa tiranía explotadora e inhumana, negación absoluta de la verdadera libertad, los obreros todos, muchos de ellos dignísimos

católicos, de todo en todo disconformes con la actuación de lo «Sindicatos Unicos», forzosamente han de vivir asociados a ellos. Los mismos patronos no pocas veces se ven obligados a aconsejar a esos obreros dignísimos y católicos que no se resistan sino que ingresen en el «Sindicato para librarse de sus iras y de la tiránica imposición de tener que despedirlos. ¿Es eso tolerable?...

LA TIRANIA EN SUS COTIZACIONES

Va impuesta así, forzosa y tiránicamente la asociación de todos los obreros de cada fábrica-taller o comercio al Sindicato, viene desde luego la tiránica «cotización» semanal de cada obrero, por medio de respectivos delegados. Y, quieras que no, vense

obligados a pagar semanalmente cada uno su sello de cotización, a razón de una peseta los hombres, y dos reales las mujeres. ¡No es pequeño el capital que semanalmente reúnen los burgueses directores del Sindicato, dado el sinnúmero de fábricas, talleres y comercios existentes, y el sinnúmero de obreros en ellos ocupados!...

Y a tal punto llega la tiranía del «Sindicato» en esa su tiránica cotización, que de ese capital verdaderamente fabuloso al cabo del año, ninguna cuenta, buena ni mala, de su empleo se da al obrero de quien procede, y al que no se le atiende en lo más mínimo en los casos de enfermedad, accidentes del trabajo, invalidez y vejez, gastos que han conseguido cargar a los patronos, y así eludirse buenamente de ellos. Los mangueadores de dicho capital a los pocos días de una huelga, «satisfacen» a los obreros afectados por ella, con una cajita para ir a ademandar limosna. ¡Así hacen los que en cualquier otro caso dicen que la caridad cristiana humilla al que la recibe...! Y de esa tiranía todos somos testigos en frecuentes casos, y recientemente en la huelga de la fábrica de neumáticos «Pirelli» ¿Y es humano y tolerable que esos capitales arrancados forzosa mente al obrero a título de cotización y caja de resistencia, se los «administren», sin dar cuenta ni razón, los cuatro burgueses que monopolizan el «Sindicato», en vez de emplearlos en subvenir al mismo obrero en los casos de accidentes del trabajo, vejez o invalidez, hoy cargados a los patronos, y por lo tanto a los productores industriales, en perjuicio de la misma clase obrera?...

LA TIRANIA DE SUS ORDENES

Para el «Sindicato», o sus zánganos directores, los obreros a él sometidos no son seres humanos dotados de razón y voluntad, sino máquinas o esclavos, ciegamente y sin chistar sometidos a sus decisiones y órdenes, transmitidas por los delegados de cada fábrica, taller o comercio, y apoyadas por su guardia negra. Y el obrero sindicado o no cuando el Sindicato ha dado una orden, no tiene derecho a saber siquiera su fin u objeto, y así,

sea favorable o perjudicial, ordenado a asunto de la clase o a un fin revolucionario, no le queda más recurso que bajar la cabeza y cumplirla. Así en la actual crisis del trabajo, sin consultar al cuerpo obrero, el Sindicato ha tomado el acuerdo de que en cada fábrica o taller se reparta el trabajo entre los mismos obreros ocupados en ellos, sin despedir a ninguno; y así lo impone a los obreros y pretende imponerlo, por igual y como dependientes suyos, a los patronos. Ese acuerdo es muy cómodo y muy favorable a los zánganos que lo han tomado y que del Sindicato espléndida y burguesamente viven, puesto que mientras los obreros sigan trabajando poco o mucho, no les molestarán su digestión, y seguirán cotizando; pero para los obreros y para los patronos tiene su pro y su contra muy discutibles, si el Sindicato les reconociera derecho a la discusión, en vez de imponerlo, actuando como siempre y en todo con negra tiranía.

Y así sucedió ahora en esas últimas huelgas revolucionarias, y en especial en la general anarcocomunista, que tranquilamente volvieron los obreros al trabajo por la tarde, después de haber trabajado tranquilamente toda la mañana, cuando sin más ni más se les impuso la orden de paro hasta nuevo aviso. Y en menos de una hora, en la mayoría de centros industriales, quedó establecido el paro general, a regañadientes de la generalidad de los obreros, sometidos a ella por la amenaza y la coacción de la tiranía sindicalista, que por un fin revolucionario anarcocomunista, de su exclusiva conveniencia y del todo extraño al obrerismo, les perjudicó a todos en dos y medio o tres y medio jornales.

¿Puede reconocerse y autorizarse una entidad tiránica y revolucionaria de tal género, una entidad que por el temor y fuerza de su tiranía, mil veces experimentada sin defensa ni amparo, en menos de una hora paraliza y pone en convulsión la vida obrera de todo un pueblo o nación?...

SU TIRANIA EN EL CIERRE DE COMERCIOS

La tiranía sindicalista llega empero, a su más irritante colmo y absolutis-

mo cuando, contra el más elemental derecho de libertad, obliga por la fuerza a sumarse—materialmente por lo menos—a su actuación revolucionaria, a todas las tiendas, comercios y servicios públicos. Y es cosa ya por el sindicalismo establecida, y de todos por reiterada experiencia sabida, que a todo decreto suyo de huelga general, ilegal y revolucionaria, debe seguir y se sigue el «cierre total» de comercios, tiendas y servicios públicos, impuestos por la fuerza y violencia ejercidas libremente y sin autoritaria oposición—por la guardia negra sindicalista. Y a ese «cierre total» de comercios y tiendas, siempre sin defensa ni amparo alguno en contra, sigue naturalmente el miedo y pánico general, y consiguiente encierro de la gente de orden de sus domicilios, resultando de hecho dueños de las poblaciones los revolucionarios.

Luego después se reclama ciudadanía, actuación ciudadana. Es preciso arrancar absolutamente y de raíz esa en todos sus aspectos brutal tiranía sindicalista—revolucionaria, que es una gravísima calamidad y una humillante vergüenza pública para España.

EULOGIO

CASOS Y COSAS

La liga «Los sin Dios» demoledora de las creencias de los rusos, quiere sembrar su cizaña en todas las naciones.

«Los sin Dios» se comprometen a ser ateos y a convertir a los demás al ateísmo.

Entre todas las locuras de la revolución bolchevique no hay locura igual al crimen del ateísmo.

Y ese crimen pretenden llevarlo a Europa como pueblos más civilizados.

¡Vaya civilización!

Negado Dios, negada toda creencia ultraterrena el mundo queda en manos de los hombres más fuertes. Socialmente el ateísmo es la brutalidad triunfante.

Negado Dios y toda recompensa y todo castigo ultraterreno el mundo queda confinado a su miseria y a su muerte.

Las manadas de los hambrientos lobos no serán tan terribles como las manadas de los ateos.

Si toda la felicidad y todo el dolor están aquí abajo, el egoísmo de la felicidad lanzará a unos hombres contra otros en guerras cruentísimas e interminables suponiendo que la felicidad de unos está en la destrucción de los demás.

Y la guerra no será solamente de nación contra nación, será de clase contra clase y de hombre contra hombre.

«Los sin Dios» vienen a pegarle fuego a esta vieja Europa occidental.

¿Lo consentirán los pueblos?

Tenemos la seguridad que no, porque no han de prevalecer las puertas del infierno; pero bien pudiera ser que los horrores del caballo de Atila no fuesen comparables a los futuros de «Los sin Dios» como eje y cerebro de la barbarie comunista.

La invasión rusa no es sólo invasión de ideas disolventes; los bolcheviques quieren también turbar a Europa económicamente.

La prensa nos habla estos días del «dumping» soviético.

Eso del *dumping* sonará a muchos de nuestros lectores a gringo.

La operación consiste en llevar a un país mercancías más baratas que las que se producen en el mismo para arruinar a los productores.

Ahora los soviets han enviado a España grandes cargamentos de madera a precios baratísimos, a los que quieren pagarlos.

A los soviets la madera no les cuesta nada. Talan los bosques nacionales y no abonan jornales a los operarios, los cuales son condenados políticos.

El precio de la venta, después de pagado el representante en España y la gente del barco, especialmente el Capitán—que todavía hay clases—lo destinan para gastarlo en España en propaganda comunista y en fomentar disturbios.

Así lo aseguran diversos periódicos.

El Instituto Agrícola catalán de S. Isidro dice que la nueva táctica sovié-

tica amenaza con destrozar nuestro comercio y asestar golpe rudísimo a la producción del país.

Porque después de la madera vendrán los cereales y otros productos rusos.

¡En Rusia el hambre, la miseria y los trabajos forzados y en Europa una inundación de mercancías para arruinar el comercio y la agricultura y dejar sin jornales a sin número de obreros!

Prácticamente estas cosas no son más que la nueva moral de «Los sin Dios» puesta por obra.

En Francia, nueva crisis y continuación de los escándalos financieros de la Snia Viscosa.

Esto de la Viscosa va a dar más que hablar en Francia que el Panamá.

Parece que en la Viscosa se han enviscado muchos personajes gordos de la política, sobre todo de los radicales entre los cuales hay un ex ministro que hubo de dejar la cartera para dar explicaciones del visco que se le había pegado según público rumor.

Lo del visco no se arreglará, son muy ladinos los gorriones políticos, para dejarse cojer por unos espartos más o menos; pero lo de la política está peor.

El Presidente de la República ni con liga caza a los distintos partidos para que los jefes consientan en entenderse por el bienestar y paz de Francia.

El masón Steeg ha dejado las cosas peor que las recibió; Laval, el nuevo Presidente, el hombre de las equidistancias, no podrá cantar victoria. El parlamentarismo tiene engangrenada la política francesa y por más operaciones que practican al enfermo, el mal no es atajado.

En España los únicos en revuelta y huelga continua son los estudiantes.

El noble oficio de estudiante se ha trocado en el de agitador. Cuando la nueva generación salga de la Universidad podrá decir: Nosotros no sabemos ni medicina, ni leyes, ni ciencias físicas, ni otra alguna de las discipli-

nas intelectuales, pero entendemos mucho de barricadas, de pedreas, de mamporros, de romper narices y costillas, de burlar a los guardias y de todas las artes picarescas y alborotadoras que no dejan vivir a nadie en paz.

El caso cierto es que no se asiste a clase, ni se estudia y que por lo tanto no se puede saber.

¿Qué educación intelectual tendrán esos jóvenes, cuando la ilustración de muchos de ellos no son más que novelas rusas?

Total, para la barbarie que viene, cuanto menos se sepa mejor.

En un centro de enseñanza los alborotadores se entretenían en quemar en uno de los patios en las mismas puertas de las aulas los libros de texto.

Cuando terminaron los exámenes no quedaba ni un solo libro, pero tampoco se había dado un solo suspenso.

Con ese régimen tendremos una ventaja y es que dentro de unos años en el Ateneo de Madrid no habrá un socio que sepa leer y escribir... y no se hablará ya de *Intelectuales*.

Porque estos lodos son efecto de las campañas disolventes del ateneísmo madrileño que ha llevado la política a la enseñanza.

Mientras el virus de la política no salga de la Universidad la ciencia Universitaria irá vestida de andrajos y a punto de perecer de miseria.

A. Hernán

Consecuencias

I

Juarola tiró el sombrero sobre el velador con mucha furia, con toda la furia de sus nervios, exaltados hasta el delirio.

¡Pues no faltaba más! ¿No le había dicho a la modista que aquella ala de cotorra ecuatoriana la pusiese a la derecha? ¿Y por qué estaba a la izquierda? ¿No le había dicho a la modista que aquel ramito de alcaparrones tan mono lo pusiese como cayéndose hacia el lado izquierdo? ¿Y por qué estaba al lado derecho? Pues ¡y el lazo! Ella quería que figurase una mariposa,

y parecía... qué sé yo, más bien parecía un abejorro! ¡Jesús con estas modistas, que no entienden más que sisar una cuarta de tela en cada varal... Y el caso es que Juanela no tenía tiempo que perder: tenía que estrenar el arreglo del sombrero, y según ella, todo el sombrero, en el cine Imperial. ¿Qué diría doña Procopia si la veía con el mismo del domingo pasado?

En estas cavilaciones, y mientras hacía añicos el recibo de la Congregación de Hijas de María, por pagarla con algo y no tenerse que desgredar los pelos, que ya estaban mulliditos y peinados, hete aquí que entra su madre, la bondadosa y cristianísima doña Marcelina.

—Pero, hija—le dice casi con algún amago de maternal impaciencia, —¡ni que estuvieras ataviándote para la boda! ¡Mira que Trinita nos estará esperando!

—Que se siente si se cansa, que yo no voy al «cine» con ese adefesio.

—¿Cuál?

—¿Cuál? ¿Cuál? pero no ves ese mamarracho de sombrero?

—No tal ¡Sí está elegantísimo!

Será para tí, que todo lo encuentras a pedir de boca. ¿No ves este lazo? ¿No ves este ramo?

—Sí lo veo, hija, que no estoy ciega; pero...

—¿Pero no ves que yo no puedo llevar el ala en el lado izquierdo?

—Pues pónitela al derecho. Mejor sería una a cada lado.

—Mira, mamá, no te burles, que no estoy para guasas.

Verás, hija mía, verás cómo se arregla todo. Siéntate, y entre las dos descosemos el ala de la cotorrita y la cosemos al otro lado. Anda, hijita mía.

—¿Pero estás loca, mamá? ¡Yo ponerme a coser! ¿Es que no hay modistas en el mundo?

—Ahora no, Juanela; y como urge...

Al fin Juanela se decidió a rebajarse hasta el grado humilde de costurera. Sentóse en la butaca, y cose por aquí, descose por allá, es el caso que el sombrero quedó a su gusto y fué al «cine» Imperial, y dió el golpe con su

ala de cotorra ecuatoriana y con su ramito de alcaparrones.

II

Al domingo siguiente le tocaba comulgar en la función de Hijas de María.

Juanela se levantó con mala gana porque en la iglesia ni hay «cines» Imperiales ni Procopias ante las cuales lucir alas de pájaros.

Vistióse despacio preparando su conciencia, que la tenía más enmarañada con sandeces y orgullos que el sombrero de los alcaparrones, y al fin cogió la mantilla y fué aponérsela con garbo delante del espejo.

De pronto lanzó una exclamación, agarró la mantilla con rabia y fué corriendo al aposento de doña Marcelina, que aún no daba señales de vida sepultada en la cama.

—¡Mamá, mamá!—entró gritando Juanela.—Mira, mira mi mantilla, ¡la ves, la ves?

Doña Marcelina apenas si veía nada, y se restregaba los ojos para dar gusto a su hija.

—No, no veo nada. ¿Qué tiene? ¿Algún sapo.

—¿No lo ves? Un siete enorme, horrible, que merecía ser un catorce.

En efecto: la mantilla tenía un desgarrón como de un centímetro, que si quería pasar por un siete, con dificultad pudiere llegar a un ocho.

No te apures, Juanela—dijo con dulzura la madre—. Dale unas puntadas; ahí en mi costurero hay seda negra.

—¿Yo? ¿Yo coser? Y en domingo Por Dios mamá, ¿estas en tus cabales?

—Ya lo veo, hija; pero una cosa tan pequeña.

—Que no, que no, y que te digo que no. Yo no voy a misa esta mañana. ¡Bueno fuera que me viesen comulgar con la mantilla rota!

¡Juanela no fué a misa ni pudo comulgar porque profanaría el domingo si zurciese aquel siete enorme, horrible!

Y como no persaba en comulgar ni ir a misa, arrojó la mantilla sobre el veladorcito de la sala para ir a tomar el desayuno. ¡Qué coincidencia! La mantilla cayó sobre el sombrero con alas de cotorra y ramitos de alcaparrones.

El diablo de la vanidad, sentado sobre el sombrero, le dió la mano al diablillo de la hipocresía, que vino arrebuñado en la mantilla, y le dijo, soltando una espiritual carcajada:

—¡Chico que bien lo hacemos! ¡Ni que hubiéramos tomado el grado de doctor en la Sorbona!

Alberto RISCO, S. J.

La esclavitud en Rusia

Ante la amenaza constante y creciente que significa para la economía europea el «dumping», practicado por la U. R. S. S. conviene insistir en los procedimientos inhumanos a que para lograrlo se ésta sometiendo al proletariado ruso, forzado a trabajar bajo el látigo de la G. P. U.; en jornadas extenuadoras, y cobrando salarios irrisorios. A este respecto dedica el semanario político «Pax» uno de los editoriales de su último número, recogiendo la demostración de las autoridades norteamericanas de que la esclavitud es un hecho muy extendido en el antiguo imperio de los Zares, y transcribiendo la opinión sobre este punto del principal diario de Helsinki, «Uusi Snomi», pues dice, y no podemos menos de compartir su cetero punto de vista, que la manera de enjuiciar los acontecimientos que comentamos por una nación vecina como Finlandia es, sin duda, la que más puede aproximarse a la realidad, y, por tanto, orientar mejor el mundo entero.

Del citado diario finlandés son las afirmaciones de que dispuesto por el dictador Stalin el «dumping» de la madera, se organizó la tala de grandes bosques en la Rusia septentrional, y, no encontrando trabajadores que sufriesen la labor agotadora y la gran mortalidad de hombres y del ganado requisado, se obligó a las villas y aldeas, bajo pena de fuertes multas, a enviar contingentes de obreros; y no dando tampoco resultado esta medida, la G. P. U. organizó concentraciones de criminales y de prisioneros políticos, a quienes se somete al trabajo por la fuerza. Los núcleos de forzados se aumentaron después—sigue diciendo «Uusi Snomi»—con los aldeanos anticolectivistas y con los «koulaks» empujados hacia los bosques con sus propias familias. Estos deportados están vestidos de harapos y descalzos, recibiendo por toda alimentación—según datos de reciente nota oficial de Gobierno finlandés al ministro de los Soviets—seiscientos gramos diarios de pan y trescientos solamente los que no participan de la labor y los ancianos.